

# I CERTAMEN LITERARIO “VAQUEIROS”

## SATURNINO (VIVI MORTUIS)

Me llamo Fausto Bermúdez, soy del pueblo de Santianes, parroquia de San Juan de Berbío en el Concejo de Piloña, una aldea que tiene el aire purísimo de los espacios intocados en la que resplandece la abundancia de lo sencillo, y voy a contaros unas misceláneas de la vida de mi muy querido amigo Saturnino porque además de tener cierto interés para cualquier lector porque hay cosas extraordinarias, para mí supone rememorar a un ser muy especial que me tuvo siempre presente y al que admiré mucho. Y dicho esto, sin más preámbulos, allá voy.

Saturnino Peruyero, piloñés de pro, había nacido en el pueblo de Beloncio, un lugar que dista de la villa de Infiesto unos cuatro kilómetros, que se pueden caminar sobre una carreterita estrecha, la mitad llana y la otra mitad en leve cuesta. Situado en una colina que culmina en un llano, con extensas praderías que descienden levemente hacia los valles de los ríos de La Marea y el Franco, enfrente la vista de la Peña Mayor, de la Sierra y poblado de Qués, y a la espalda la vista de la Sierra del Sellón, cuando lo alcanzas el paisaje es ciertamente bello, como casi toda Piloña; es un lugar callado, donde cabe una extraña belleza, rodeado de bosques de verdes sombras y de grises murmullos.

A derecha e izquierda de la carretera se asientan los barrios y las casas de Beloncio, encaladas unas y de colores añiles, ocres y almagres otras; ¡ah, y siempre al sol! Tú

llegas al centro del pueblo, donde está la Iglesia de San Pedro, un tesoro románico, y das casi directamente con el chigre de Paquito, que le llaman así tal vez por contradecir su humanidad, porque es muy grande y, además, muy fuerte, con lo que lo de Paquito... De día, rebrillan sus fachadas con la luz solar, y de noche reflejan la luz blanca selenita, que cuando hay luna llena parecen espejos de plata. Pero no todo es bonanza, que también tocan días hoscos, con lluvias pertinaces que embarrizan los caminos y, cómo no, días de nevadas, aunque, eso sí, pocos. En todo caso, el lugar es de bonanza, y donde existe esa virtud en la tierra y el paisaje, se contagia al paisanaje. Por eso acaso es que sean gentes de buen talante.

Mi amigo Nino casó con Teresa Melendi, con la que tuvo una única hija, Mariana. Pero el matrimonio duró poco, porque a Teresa un mal desconocido la llevó pronto a morar en el camposanto. Total, que se quedó viudo al filo de los cuarenta años. A Saturnino le gustaba dejarse mimar por las mujeres y, según cuentan, Teresa era de un carácter antagónico, lloraba cuando debía reírse y reía cuando había que llorar; de verbo escueto, hablaba lo indispensable, y permanecía mucho tiempo ensimismada, como sumida en el paisaje, en el que el cielo cambia mágicamente en horas de soleado a nublado para al final acabar en lluvia; nunca hablaba de sí misma, lo cual significa que tampoco pensaba en ella; era como propensa al sacrificio, más de dar que de recibir, de aplicarse al dolor ajeno más que al propio; y tal vez por eso se compenetraban tan bien los dos. Me contaba cosas de ella. Que el último día que celebraron los tres su cumpleaños comieron en la sala que da a la galería, engalanada con mantel blanco. Que Teresa había dispuesto un manjar extra para la ocasión: un arroz con pitu de caleya y pimientos; que comió hasta que se le arrebolaron las orejas, y que cuando se sentó en el sillón cerca del llar, con su pocillo de café, su copa de brandy y su Partagás, rodeado por sus mujeres y su perro, sintió que no había en todo el contorno nadie más dichoso. La

atmósfera era suave y dulzona, el café de caracolillo y el tabaco despedían aromas casi en un auténtico rito competencial, y a la lumbre de los leños del llar sus párpados porfiaban por cerrarse para iniciar el sopor de la siesta, mientras fuera de la casa la lluvia caía lentamente, con rumor de arrullo. —Fausto fui muy feliz—me dijo.

Así que enviudó mi amigo no volvió a casarse. Vivía en Beloncio con la compañía de su venerable tía Cirila, hermana de su madre; a su hija, su yerno y su nieto los veía muchas veces, porque su yerno era perito industrial y estaba enrolado en la ERCOA en Infiesto, y allí vivían.

Se dedicaba a lo que sabía hacer muy bien: la trata de ganados, en especial de caballos. Y vivía holgadamente y con la espalda bien forrada; eso lo digo yo. Y eso es cierto y seguro, porque era, sin duda, el tratante más conocido, como se dice por aquí, en toda la ría; dominaba el territorio de Piloña, parte de Caso y hasta la zona más cercana de Ponga. Y tenía crédito porque era hombre de ley, serio y buen pagador. Y un hacha negociando. Por eso se llevaba el mejor ganado a los mercados de Infiesto, Pola de Siero, Cangas de Onís, Caso y hasta de Laviana. ¡Si lo sabré yo que, además de ser su amigo, también andaba en el trato!

Era hacendoso, bueno lo éramos ambos, que yo también; sin embargo sabíamos sacarle jugo a la vida. En los ratos libres de que disponíamos, que eran muchos, gozábamos de la compañía de los amigos, en especial de Antonino, y de Atanasio, un hombrón este que poseía una sidrería en el barrio de Triana de Infiesto, en la que nos concitábamos con harta frecuencia. Casi, casi se puede decir que pasábamos allí media vida. Saturnino tenía alquilado un galponcito en la carretera de La Marea nada más salir de Infiesto, muy cerca de la Estación de Económicos, que utilizaba de corral; allí depositaba el ganado entre que lo compraba y lo vendía.

Y hablando de ganado, quiero hablaros de Risco. Era su caballo; un buen caballo tordo, de grupa alta, muy fuerte, noble, y cariñoso. Tanto lo quería que lo seguía a todas partes como un corderito. Si no lo amarraba era capaz de entrar con él hasta el chigre. ¡Era adoración lo que sentía por él! Si querías encontrar a Saturnino sólo tenías que seguir a Risco. Y si le daba un silbido ya era el acabose lo contento que se ponía. Eran como dos buenos camaradas.

Saturnino paraba poco en el pueblo; diríase que su oficina la tenía realmente en Infiesto, en Triana, en la sidrería de Atanasio Artidiello. Como antes dije, allí pasaba con nosotros sus amigos los ratos que el trato le dejaban libres, hablando, discurseando, jugando al tute o al dominó y siempre, siempre tomando sidra a tutiplén. La sidra le gustaba tanto que tenía como credo una frase que repetía con asaz frecuencia: “Paracelso buscaba la fórmula para convertir el plomo en oro y no la encontró. Yo no pararé hasta cambiar el agua en sidra”. Bajaba a Infiesto a caballo o andando; pero las más de las veces tomaba en la carretera de la Marea, en La Peridiella o cerca del Molino de Gaspar, el autocar de Corina que hacía la línea de Infiesto a La Marea. Era un autobús ya entrado en años, con asientos que despedían un tufo almizclado, mixtura de olor de gente, vituallas, paquetes, maletas, humo de tabaco y cosas por el estilo; de todo un poco. Y al echar a andar, herrumbroso ya, saltaba sobre sus viejos muelles al rozar los baches en el macadam de la desastrosa carretera, haciendo moverse la paquetería depositada en la baca de la imperial. Y él, medio adormilado las más de las veces, contemplaba cómo las sacudidas del autocar hacían oscilar a sus vecinos de viaje, mientras se escuchaba el gemido del motor y el chillido metálico de las ballestas; al conductor casi ni se le veía entre los pasajeros, que conversaban animadamente en tanto el aparato se desplazaba galbanosamente por la carretera flanqueada de verdes de maizales y pomaradas.

En el autocar, casi siempre repleto, viajaban gentes de todo pelaje, paisanos, jóvenes que fumaban como cosacos, grupos de mujeres que iban a comprar a las tiendas de Infiesto, críos chupando pirulís y caramelos, y otros pasajeros que de seguro iban a la feria y que mostraban cara de aburrimiento, y hasta el cura de La Marea; los hombres en mangas de camisa y bien afeitaditos y las mujeres muy, muy acicaladas con vestidos de colores.

Mi amigo por lo común marchaba bien de salud; sin embargo le sobrevinieron mareos de cuando en cuando y tuvo dos desmayos en tiempos, a los que el médico de Infiesto les restó importancia y que achacó a una probable bajada de tensión, porque era hipotenso; ello sin perjuicio que a sus deudos y a sus amigos, nos tuviera preocupados. Y, como se verá más adelante, no sin fundamento.

Mi anecdotario sobre Saturnino es amplio, pero como no es caso de contar todo, sí lo haré de algún lance que otro, que los hay de los más curiosos. Ya veréis.

Le acompañé muchas veces a comprar ganado y a las ferias y mercados. Como dije éramos amigos y también competidores, porque igualmente yo traficaba con ganado, pero mientras él gustaba de los caballos, a mí me iban más las vacas. Y, por esa razón, en ocasiones viajábamos juntos. Una vez lo hicimos a Orlé y Bueres en Caso, en el camión mixto de Toribio el de Caleao, que los lunes bajaba desde Caso al mercado de Infiesto, y regresamos en dos caballos que él se había agenciado. Me acuerdo de un suceso gracioso en Orlé. Unos mozos tomaban unas sidras en el chigre. Al poco otro muchacho llamado a lo que se ve Julio ató el caballo a la argolla del quicio, entró y se unió al grupo, tomó un culete de sidra y preguntó:

-- ¿Quién fue el que pintó de azulete a la gocha de mi madre?

Hubo unos esbozos de sonrisas cómplices entre sus amigos. Uno de ellos le dijo:

--Pero Julio ¿qué quieres decir con eso, a qué coño te refieres? Has de pensar lo que vas a decir o decirlo como corresponde, porque si no...

--¿Porque si no qué?—contesto Julio.

--Hombre, que parece que dejas a tu madre...

--Hablo de la mi gocha, no de mi madre. ¿Entendéis? ¿Quién la pintó?

Nadie dijo ni mu. Silencio sepulcral.

--Daría veinte duros por tenerlo delante.

--¿Qué darías, cuanto?

--Veinte duros.

--¿De veras?

--De veras.

--Pues enséñalos.

--Julio sacó un billete de cien pesetas del bolsillo y lo levantó en su mano derecha para mostrarlo; inmediatamente se adelantó un tal Emiliano y se lo arrebató con un ágil movimiento, diciéndole:

--Pues fui yo.

-- ¿Me puedes decir por qué?

--No lo sé. Por nada, por joderte.

No tuvo tiempo de articular otra palabra. Julio le atizó un puñetazo en el rostro y cayó de bruces con la nariz ensangrentada.

Emiliano protestó desde el suelo:-

-- ¿Por qué me pegas?—dijo y Julio le contestó.

--No lo sé. Por nada, por joderte.

Y ahí quedó la cosa, la gorrina presumiendo de su singular color azul y Emiliano con veinte duros en su bolsillo y tratando de esconder su hinchada y enrojecida nariz por las callejas del pueblo.

Ambos, tanto él como yo, gustábamos de las guapas mozas. Él ya dije que era viudo, y yo no lo dije, pero soy lo que se suele decir un solterón; por los años; si fuera más joven no usaría el aumentativo, un poco despectivo. Ambos tuvimos varias aventurillas amorosas; ¡qué varias, muchas! Yo podría reseñar las mías, pero como aquí trato de contar cosas de Saturnino, las mías me las callo.

Me contó el caso de Flora. Veréis: saliendo de Beloncio hacia Areñes hay un cruce de caminos con una cruz de piedra, donde te entran deseos de rezar una oración aunque no sepas por quién. Allí mismo se encontraba la casa de Ramón; un edificio blanco con rodapié de azulete, de planta y piso, con un hermoso corredor de castaño. Saturnino había pasado por allí cientos de veces, pero un día vio a Flora en el corredor tendiendo ropa y se dio cuenta de que existía, que era una hermosa joven y que sus ojos la buscaban; otro día la encontró apoyada en el alféizar de la ventana, canturreando mientras cosía botones y se cruzaron una mirada; otro silbando y riendo. En fin, Flora

era la hija de su vecino Ramón Díaz, también viudo, y una joven veinteañera guapísima. Y empezó a hacerse ver y a rondarla, procurando que Ramón no lo percibiera. Una día una miradita, otro un cambio de palabras dulces, dulces, como un milhojas; otro un requiebro, y así, poquito a poco, iba la cosa avanzando. Y quedaron para un mayor acercamiento.

Lo que me ocurrió con Flora –me dijo-- fue como un milagro, porque aunque ya peino alguna que otra cana, todavía me quedan las ansias de antaño. ¡No quiero que los años me vengzan! Porque si desisto de luchar mejor sería que me echara a morir bajo un puente. Dentro de mí aún hay sentimiento, fuerza y fuego, y mis ojos saben ver dónde hay una mujer de verdad, de las buenas. Estoy en lo mejor, en el fiel de la balanza de mi existencia, entre las locas ansias de la juventud y la decrepitud de la vejez. ¡Tengo que aprovecharlo!

Y un día lo decidieron. Era ya de noche. Un viento fresco sacudía los árboles. Saturnino se acercó a la casa de Flora, trepó hacia el alféizar y acercó la cara al cristal de la ventana. Sintió placer y también un resquicio de temor de ser descubierto. Miró a través de una cortina casi transparente. Y allí estaba ella, peinando su cabello. Dijo que en su mirar ansioso sintió el latido del corazón. Llamó con los nudillos en los cristales de la ventana. Ella se levantó, la abrió y le prometió que bajaría al portal, que la esperara.

Todo estaba en absoluto silencio. Despacito, cautelosamente Flora abrió la puerta del cuarto y se paró a escuchar. Descalza, con el calzado en la mano y con extremo sigilo se acercó a la habitación de su padre; dormía; atenuó hasta su aliento, inició su paseo por la sala hasta alcanzar la escalera, bajó como si de una pluma se tratara, atravesó el portal, abrió la puerta de cuarterón casi sin enterarse y salió al camino. Y allí estaba él esperándola.



Saturnino contempló su rostro de mejillas redondeadas y sonrosados colores, de boca perfecta, de ojos azul oscuro, pelo largo bermejo, y formas redondas; de toda ella salía un olor a juventud que embriagaba. Suspiró ahogadamente viendo el encanto de su rostro y la gracia de sus ademanes juveniles. La miré con ojos de pecador—dijo--; sentí un fuego que alojó en mi un mal pensamiento, pero voluptuoso, mira tú. Le tendió sus manos. Él las estrechó. Desprendían un aroma suave y perturbador, como la flor de magnolia. Me explicó que le emocionaba tener sus manos presas en las de él. Que le entró un afán insuperable de poseer la belleza de aquella hermosa criatura, y que descubrió que le gustaba mirarla y tocarla. Y pensó que lo importante en la vida es amar y que te amen; que eso es lo que te hace ser eternamente joven.

Cuando empezaban con el cortejo, se oyó el vozarrón de Ramón en la sala aledaña al corredor:

--¡Flora, Flora! ¿Eres tú? ¿Qué haces en el portal?

Ambos quedaron de piedra.

Saturnino puso pies en polvorosa y trepó a un saúco de mucho follaje que había en una sebe frente a la casa y se escondió dentro. Miró hacia la casa por entre las ramas y vio la figura de Ramón bajo el dintel de la puerta de cuarterón. Lo que le alarmó es que portaba una escopeta de caza de dos cañones en la mano izquierda. A Saturnino, mientras atisbaba cubierto por el ramaje del árbol, le vino una tembladera que no paraba. Pero pensó:--¡Nino, no puedes ni mover un pelo, porque si te descubre te deja tieso!

A todo esto, Ramón siguió interrogando a Flora:

--¿A dónde ibas a estas horas?-- preguntó.

Ella guardó silencio. Un silencio solemne como un Kyrie

--Eres una mala hija; eres un pendón—le decía el padre mientras la entraba en la casa cogida por el brazo.

--¿Dime, a dónde ibas; con quien ibas a verte? Contéstame y no grites. Nadie debe saber esto. Si tu madre pudiera verlo, volvería a morir, pero de vergüenza. ¿Te ibas a ver con un hombre o a escapar de casa? Dímelo.

¡Anda, mátate, trae hijos al mundo, sacrificate y preocúpate por ellos, mímalos y quiérellos, para que después te paguen con esto! ¡Tunanta! ¿No piensas en el sufrimiento y la vergüenza que voy a pasar? ¡Quiá, sólo piensa en ella, a los demás que los zurzan!

¡Ésta condenada hija mía! No sé a quién salió. ¡No puedo con ella! ¡No puedo con ella!

Y cerró tras de sí la puerta. Excuso contaros lo que pasaba por la cabeza de Saturnino. Se vio escopetado y escarmentó. Con Flora ya no quiso más cuentos. Pero en el pecado llevó su penitencia. Aquélla noche se fue a la cama mal, mareado, y medio ido; cosa que le duró hasta el día siguiente, porque tuvo una neuralgia de aúpa, según contó.

Pero las cosas se olvidan, gracias a Dios, y como las faldas tiran, Saturnino volvió a las andadas, pero, eso sí, con más miramiento. Se empeñó en cortejar a una maestrita. Me contó que un día, al subir al autocar de Corina, notó que una de las viajeras le clavaba los ojos y no los separó en todo el camino. Era una mujer de muy buen ver, rubita, de movimientos graciosos, voz acariciadora, y con una sonrisa de amanecer; en fin, una mujer adorable en apariencia. ¡Habría que conocerla más a fondo! Dijo que aquélla mirada le turbó y, mucho más cuando al bajarse del autobús se rozaron. Puede que

hubiera algo de intención. Que sintió como un respingo de electricidad. ¡A ver qué va a pasar! Y más tarde pudo saber que era la nueva maestra de La Marea, y que respondía al nombre de Clarisa. Saturnino quedó impresionado por la prenda y quiso saber más de ella.

Y ahí lo tienes en el autocar de línea, en el mixto de Toribio de Caleao o a lomos de Risco, frecuentando, por motivos profesionales o con cualquier disculpa, el pueblo de La Marea.

A lo que se pudo saber la mocita había tenido muchos galanes; pero a ninguno dio grandes esperanzas, acaso por no perder pronto su libertad, acaso porque ya tenía algún secreto amor. El caso es que tampoco aquí tuvo mucho éxito Saturnino o, al menos, eso es lo que me dijo; no sé, no sé, porque él es todo un caballero y no deja mal a ninguna mujer, eso lo certifico.

La iba a esperar y a despedir a la estación de Infiesto, porque era de Oviedo y se iba a su casa los sábados para volver los lunes. Y, en ocasiones, hasta la acompañaba y pasaba ese tiempo con ella en la capital. Decía que cuando el tren de Económicos viene de Oviedo hacia Infiesto, se siente resoplar la máquina, casi ya desde Ceceda, que, más que arrastrar los vagones, viene empujada por ellos en el largo camino en cuesta abajo, presumiendo de potencia y estremeciendo árboles y casas con el torbellino de su marcha, y que cuando lo hace al contrario, hacia Oviedo y en cuesta, subiendo a la cabeza de los coches de madera, despidiendo humo y chispas, su asmático jadeo hace pensar que la pobre máquina va sudando la gota gorda para poder llevarlos hasta Nava, donde la vía ya va en llano y se tomará un respiro de alivio. Esto me lo decía por no contar cosa sobre sus cuitas amorosas. ¿Lógico, no?

Nada más me confió sobre Clarisa. Poco es, pero tampoco su relación duró.

Otro día veníamos de Infiesto hacia Ferreros; allí nos despedíamos, él para Beloncio, yo para Santianes. Serían como las cuatro de la tarde de un día hermoso, con cielo azul, y hacía mucho calor. Regresábamos montados en los caballos, con las manos en las bridas, entre robles y castaños, siguiendo las sinuosidades de la carretera, medio amodorrados por el calor y por efectos de la abundante sidra que habíamos tomado, cuando Saturnino me preguntó:

--¿Crees en lo sobrenatural?—preguntó.

--¿Cómo dices, en lo sobre qué?—dije yo.

--En el más allá, hombre.

--Bueno, un poco. Diré como un gallego que no creo en las ánimas, pero haber hailas.

--Ja, ja. Escucha lo que me pasó y luego dices. En mi casa yo duermo siempre con la luz prendida y sin cerrar las contraventanas. Vamos que duermo con luz. No sé si es por costumbre, por inercia o por qué cosa. Si no hay luz no concilio el sueño y si estoy durmiendo y se va la luz, despierto. ¡Qué cosa, tú! Fuimos Antonino y yo a comprar ganado a Torazo. Estuvimos juntos en la misma habitación de la fonda. Esa noche sentí como una llamada; no sé si fue en pleno sueño, en duermevela o despierto. Abrí los ojos y ¡carajo! frente a mí estaba Antonino tembloroso y mirándome con un cuchillón en la mano izquierda, que parecía la cimitarra de Almanzor, ya sabes que Antonino es zurdo; le pregunté qué coño hacía. Con el índice en los labios me mandó callar, con el rostro demudado y los ojos como extraviados. Me contestó que nada, que no hacía nada. Sigue durmiendo. ¿Cómo iba a dormir con mi amigo tan sobresaltado y con un cuchillo en la

mano? ¡Imposible! Me levanté, le quité el cuchillo, lo ayudé a acostarse y le di un vaso de agua. Y después sí que nos dormimos, pero de agotamiento.

No acabó ahí la cosa. Otro día en la fonda La Tarnina de Campo de Caso también compartimos habitación. Andábamos de mercado. Por la tarde, después de tomar una cena bien regada con sidra, mas cafés, puros y copas en El Tropical, a las tantas nos fuimos a acostar. Ya dormíamos como troncos. Pero al rozar el alba sentí un rechinar sospechoso; no me moví pero abrí los ojos y esculqué el espacio de la habitación, lienzo por lienzo; nada había, pero no era sugestión lo mío, que no. Volvió a sentirse el rechinar, y esta vez la sospecha se convirtió en certeza: la puerta se estaba abriendo muy, muy lentamente, y casi sin ruido. Mis ojos se agrandaban por la sorpresa. La puerta quedó de par en par como por ensalmo y mis atónitos ojos tuvieron la visión de una aparición: una nubecilla de albura medio transparente con forma humana y unos brazos que se movían tal parece que saludándome. Me quedé mudo y paralizado, con los ojos muy abiertos contemplando la aparición. Sólo acerté a santiguarme. Fueron unos segundos, para mí una eternidad, hasta que Antonino rebulló en la cama y se despertó diciendo: ¡Joder Nino, ya son las nueve, hay que levantarse!

Y la visión se esfumó, la puerta se veía cerrada y yo medio turulato.

--¿Lo ves? Por eso te dije antes lo de que no creo en las ánimas pero haber hailas.

Contarme esto y caerse del caballo fue todo uno. Para mí un susto de muerte. Hubo fortuna porque cayó sobre una hilera de mimbreras que crecían en la sebe de la carretera, que amortiguaron la costalada. El rostro de Saturnino se veía lívido como un cirio y no respondía ni a la voz, ni tan siquiera a unos cachetes que le propiné para ver si espabilaba. Fue un desvanecimiento que duró unos instantes, un desmayo. Yo no sabía

qué hacer, hasta que se acercó una mujerina y me ayudó con sus buenos consejos. Dijo que había que tumbarle boca arriba con las piernas dobladas y a una altura mayor que la cabeza, aflojarle la camisa y el cinturón y mirar si respira y tiene pulso. Fue efectivo, porque enseguida volvió en sí, lentamente se fue recuperando. Ya iba tomando color y su pulso se normalizaba.

La mujer, Genara se llamaba, y yo lo tuvimos un rato quieto en el suelo para que se fuera recobrando del todo.

Le pregunté qué había notado y si se había mancado. Contestó que una sensación de vacío en el estómago, sofoco en la cara, sudor frío, mareo y después nada; que ahora ya se iba encontrando mejor, aunque un poco desorientado y con cierta debilidad; y que no notaba ningún dolor de haberse golpeado. Que empezaba ya a sentirse bien. Que habría sido la ingestión de sidra y el calor sofocante. Seguro, dijo. Poco después nos despedimos de Genara y tomamos rumbo a Beloncio poco a poco, caminando con los caballos de la brida. Le dejé en su casa y me fui para Santianes. Al siguiente día, ya en frío, empezó a notar las tumefacciones del golpe, pero como que no era nada.

Sus veleidades amorosas culminaron, creo yo, con lo de Susana. Es digno de contar, por lo complicado.

--Cuando la conocí, ya no descansé hasta volverla a ver. Se movía por la calle Covadonga de Infiesto como si fuera la dueña del mundo, y como revelando un fuego oculto; qué donaire, qué elegancia, ¡qué imperio, tú! ¡Tengo que verla!—me dijo.

Fue en plenas Ferias de Santa Teresa cuando la vio por primera vez; Infiesto estaba abarrotado, no cabía un alfiler en sus calles, y entre una pléyade de gentes adornadas de todos los colores, que pululaban por calles y aceras, él sólo la vio a ella, brillando y destacando entre todos, como una aparición. La encontró casualmente en la carretera

yendo a caballo hacia Espinaredo. Ella iba caminando y llevaba su caballo de las bridas, porque cojeaba; tenía una piedrecita en un casco. Él lo compuso, la llevó a su casa a la grupa de Risco y conoció a su marido, el señor Acevedo, director de la Piscifactoría. Vivían en una hermosa casa en La Teyera, por encima de la Piscifactoria, en el camino que va a Santianes y a Lozana. Le ofrecieron tomar algo; dijo que le dieron un vaso de hidromiel, que debía estar embrujado porque desde entonces aquella mujer fue toda su vida.

--¡Me impactó, Fausto, me enganchó! En sus ojos oscuros había ese puntito de luz que brilla en una cereza en sazón. Yo la miraba de soslayo, pero sin dejar de verla, sin que ella y el marido lo advirtieran y eso me proporcionaba cierta emoción secreta. Su pelo color de miel se esponjaba sobre su piel dorada. Toda ella era una tentación; ágil, esbelta y delicada, pero con cierto aspecto de fortaleza; pura armonía. Pero su olor te apresaba: era suave, dulce y cálido, como el fuego de una hoguera, como una adicción. ¡No era una mujer cualquiera! Me dedicó una mirada con sus gloriosos ojos oscuros que me dejó alelado; materialmente me barrió de una mirada. Así que quedé degustando golosamente aquella fortuna que no me había atrevido nunca a esperar. Me despedí, monté en Risco y me dirigí a mi casa. Me encontraba tan feliz que busqué apartados caminos para pasear mi alegría como abobado, como en un arrobo— Eso me confió Saturnino.

A mi pregunta de qué había hecho después, me dijo:

--Reflexioné por varios días sobre ello. Era casada, y suponía un gran inconveniente; me dije que no me convenía pero acordé que eso no era un impedimento. Era mucho más joven que yo; rondaría los treinta y cinco años, arriba o abajo; por lo tanto unos quince años más joven; tampoco ello es obstáculo; además, su marido aún era mayor que yo,

por lo menos tendría como veinte años más que ella; era notorio. ¿El qué dirán? Eso me lo pasaba yo por el forro. Tanto me importaba como nada. ¿Que yo le resultara indiferente, que no le interesara? ¡Lo había que intentar para llegar a saberlo!

Lo pensé, y mucho; al fin tomé la determinación de rondarla, porque me enamoraba esa mujer y no podía dejar pasar la oportunidad; la vida es corta y tengo que intentarlo, me dije. El no ya lo tengo, buscaré el sí--.

Y un día sí y otro también cabalgaba en Risco por la carretera de Espinaredo y sus caminos aledaños, lugares por donde intuía que ella paseaba con su potro, hasta que tropezó con ella. En un camino que saliendo del barrio de Santa Marta de Lozana se adentra en las praderías hacia el Sur. Volvía de ver unas novillas en las praderías de Viñero y de súbito apareció ella en su potro. Se bajó de Risco y ella del potro, se saludaron y con los caballos del ramal pasearon largamente. Se alegró por verla y, además, porque la notó un poco azorada. Pero más lo estaba él.

Se puso a llover, el chubasco fue arreciando y tuvo que buscar un refugio en que guarecerse, ellos y los caballos. El camino se llenó de agua y de charcos. Los pies se hundían en el barro. Encontraron un tendejón medio abandonado y allí aguardaron a que cesase el meteoro imprevisto. Llegaron en buena hora; ella con su pecho agitado y el rostro enrojecido por el que resbalaban hilos de agua de lluvia. Se pusieron bajo techo. Los caballos piafaban, creyó que de satisfacción. Con un movimiento instintivo la rodeó con su brazo por la cintura y la atrajo hacia él. No protestó. Sintió su cuerpo cerca del suyo y el olor de su pelo. Se creyó afortunado y con lo que vino después el rey del mundo. Cesó la lluvia; salieron del corral; montaron en los caballos y bajaron a la carretera de Espinaredo. La dejó en la Piscifactoría. Se despidieron hasta la próxima ocasión. Le puso al corriente de ciertas cuestiones: que su marido era de Zaragoza, que



era veterinario y que dirigía la Piscifactoría, que ella era de Gijón, que se conocieron en Zaragoza trabajando él en la piscifactoría del Monasterio de Piedra; que ella añoraba Asturias y él pidió el traslado a Infiesto que estaba vacante. Todo eso.

Saturnino se fue para Beloncio como unas castañuelas. Hasta Risco lo había notado.

Siguió con sus costumbres habituales: ver y traficar con ganado, frecuentar a los amigos en la taberna de Atanasio, y, ahora, pasear con Susana. ¿Qué si lo sabía su marido? Le importaba un comino; y aunque estuviera al tanto, le daba igual.

Me confesó que llegó a obsesionarse. Así sin más, si le daba la ventolera, subía a Risco y se acercaba a La Teyera para verla, sin que ella lo supiera. Era un riesgo que alguien le viera, o ellos mismos, pero aún así, lo hacía. Había una hendidura en uno de los postigos de una ventana, y a su través se podía ver un trozo de la sala. En un brasero de cobre bullían en múltiples llamas las ascuas ardientes, fosforescentes, llenando la estancia de calorcito reconfortante. A veces los cristales de la ventana, empañados, reflejaban borrosamente la luz de la estancia, y, por fuera, corría sobre ellos, agua de fina lluvia; ella solía estar sentada en un sillón hablando con su marido. Con ver su grácil figura unos minutos le bastaba. Después se iba satisfecho por donde había venido.

Regularizaron las citas de paseos a caballo. Pero un día decidieron arrostrar una aventura para verse. No había luna, pero la noche era clara y permitía notar los bultos, sobre todo si se movían. Casi en lo alto del camino Saturnino se sentó a esperar en una sebe de piedra. Y esperó, y esperó. Empezaba a impacientarse. La cosa estaba tardando. Y así que era.

Pero llegó lo que esperaba. De pronto, muy cerca de donde estaba brilló una lucecita como de luciérnaga. ¡Era ella! Había dado la señal convenida. Nino se fue aproximando

poco a poco y muy contento al lugar donde tenían sus encuentros secretos. Querían verse, pero sin que su marido ni nadie se enterase. Fueron muchos los encuentros, sí y gozosos, sólo en noches sin luna. Esa era la clave. Ya se iba a topar con ella cuando, ¡caray!, quiso notar que se veían dos luces. ¡Eso era inusual! ¡No podía ser! Pero sí que era, porque a media ladera de la colina titilaban dos luces. ¡Nunca había sucedido! Y era imposible que fuera Susana la que encendiera las dos porque estaban bastante separadas. ¿Entonces quién mantenía encendida la otra? ¿Quién? ¿Sería otro o sería otra? Saturnino pensó inmediatamente en Acevedo, pero no le encajaba porque era un hombre muy confiado y sobremanera tranquilo. ¿Entonces...? Nino no encontraba respuestas. Pero allí, además de él y de Susana había un personaje desconocido. ¿Pero quién y qué hacía allí? Decidió averiguarlo. Él era allí el único que no había encendido luz alguna, porque no traía linterna. Así que medio se arrastró entre las sombras procurando hacer poco bulto espoleado por la intriga. Se acercó lo que pudo a las luces y se ocultó tras unos tojos; oyó un cuchicheo. Le podía la curiosidad; quería saber. ¡Iba a sorprender a Susana y a la persona desconocida, como que hay Dios! Se incorporó de golpe y corrió hacia ellos. En la oscuridad se escuchó su voz como un grito: ¡Alto! Hubo un rebullicio. Alguien se removió. Pensó que sería Susana, pero también podría ser el otro o la otra. ¡Quién sabe! Ante la duda Saturnino tomó un estacón que encontró en el suelo y arremetió contra una de las lucecitas que agitaba un bulto blanquecino que se movía. Le atizó un estacazo sabe Dios donde, pero fue efectivo porque una voz de hombre, atiplada por el estacazo, pero de hombre, dijo: ¡Por Dios y por todos los santos del cielo, no me pegues más, no me pegues más! Así gemía el desconocido, que no lo era tanto. Saturnino, estupefacto, y sorprendido al ver su cara y conocer que era nada más y nada menos que su buen amigo Guillermo Vaz. -¿Pero, qué es esto; qué haces tú aquí?—le preguntó. A lo que Guillermo contestó: Hago lo mismo que tú, nada malo,

como hombre de bien que soy. Busco una cabra que se me escapó. ¿Por casualidad la has visto? ¿Tú buscas algo también?—Nino empezó a entrever la verdad y contestó-- Busco las mismas cabras que tú—Se echaron a reír, Guillermo se quedó con el estacazo, Susana desapareció como por ensalmo, y ellos se fueron a Santianes al chigre de Nazaria a tomar unas sidras conmigo.

Entremedias, días antes de Nuestra Señora, Saturnino y yo teníamos deberes que hacer en el Omedal; bajar a Infiesto unas caballerías que habíamos comprado a unos paisanos en una pradería que hay por debajo de la ermita de San Lorenzo. Llevamos a nuestros perros, porque la mayoría de los equinos eran potros y suelen ser desobedientes y levantiscos; pero eran unos caballitos hermosos y muy vigorosos; les sacaríamos buenos cuartos. Con gran esfuerzo habíamos conseguido bajarlos más o menos en orden hasta Espinaredo. Todo iba bien, hasta que pasó lo que pasó. En pleno barrio de El Sotu y antes de cruzar el puente que da a la plaza de la iglesia del pueblo, Saturnino dijo encontrarse mal, como mareado; me asusté. Salté del caballo, lo sujeté y, como pude, le hice bajar de la silla de montar. Cruzamos el puente y al lado de la iglesia lo tuve que tumbar en el suelo porque ya se había desmayado, después de ponerse tan blanco como el mármol de Macael. Unos rapazuelos y los perros nos controlaron los potros, mientras otra gente y yo auxiliábamos a mi amigo. Y así, como un milagro, apareció Acevedo con su mujer, Susana. Allí la conocí. Al parecer estaban comiendo en el chigre de Espinaredo. Acevedo le tomó el pulso, le palpó y le puso el oído en el pecho, le aflojó camisa y cinturón, y me dijo:

--Creo que es una lipotimia, un desmayo. Probablemente una bajada de tensión; o también una embolia, o similar. Pudiera ser también que el hombre sufra, sin saberlo,

de otras dolencias, qué se yo, algo de corazón o, incluso catalepsia. Debería averiguarlo después que se restablezca del vahído. Que vaya al médico.

Observé en Susana una cierta e indisimulada palidez. ¿Propio, verdad? Le pregunté al veterinario lo que es la catalepsia:

--La catalepsia hace parecer que una persona está muerta; en un estado de falta de repuestas a toda clase de estímulos, con un cuadro clínico muy similar a la muerte; incluso después que el forense la haya certificado. Sin embargo, aunque parezca muerto, en realidad se halla consciente, aunque yerto e inmóvil, e incluso en algunos casos puede ver y oír perfectamente todo lo que sucede a su alrededor; es una dolencia que suele emboscar un Parkinson. Pero no creo que sea el caso de su amigo. No obstante, convénzale para que le vea un médico.

¡Si supiera Acevedo que tiene ciertas dotes de adivino o augur; que lo dicho por él fue como una premonición!

Después de un buen rato, una vez que Saturnino se recuperó del todo, le dimos las gracias al veterinario, a las personas que nos atendieron, y a quienes nos cuidaron los caballos, y nos fuimos hacia Infiesto.

--¡Anda buen susto que nos diste, Nino! Tienes que ir a que te vea el médico, oíste. —le dije.

--¡Vale!—Me contestó.

Pero Saturnino, en sus trece, siguió viendo a Susana y hasta planeó fugarse con ella. ¿Qué por qué y cómo? A la primera pregunta baste contestar que porque ella se lo propuso. Quería irse a América. Nino dijo que tenía parientes en Méjico, pero ella quiso que su destino fuera La Habana. ¡No había más que hablar! Después pensaron que

necesitarían dinero para el viaje, el papeleo y demás. Tampoco eso era problema porque Nino tenía cuartos. No precisaba más que ir al Banco y sacarlos. El cómo, también era sencillo: Para pasar desapercibidos llevarían dos maletas e irían a caballo por sendas poco frecuentadas hasta la estación de Ceceda a tomar el tren para Gijón; allí harían el correspondiente papeleo y embarcarían para La Habana.

--Ella lo quiso así—me contaba Nino--. Pues, bueno. Pero tenía su aquél. Veréis lo que pasó. Yo albergaba, cómo no, dudas. Pero cuando la vi aparecer en el lugar y la hora pactados, mi corazón se aceleró. Casi no hablamos; le apreté con fuerza sus manos, montamos en los caballos y partimos, con una pizca de emoción en nuestros semblantes. — ¿Vamos?—pregunté yo.--¡Vamos! Dijo ella. Arreamos a los caballos y partimos carretera abajo casi cubiertos por las claras sombras del amanecer.

Después de una larga cabalgadura, llegamos a la Estación de Ceceda. Fue toda una escena para una obra de teatro, tú: Ella descabalgó, amarró el caballo en la talanquera y echó a correr con los brazos abiertos hacia un joven que actuaba de la misma guisa, porque corría hacia ella con los brazos abiertos. Y chocaron en un abrazo, no violento, pero fue como un choque. ¡Quedé de piedra, palidecí! Y yo contemplé aquél espectáculo íntimo de dos, bueno de tres. Los dos novios y el tercero en discordia que era yo; el celestino sin quererlo y facilitador de la huida de aquélla Melibea y aquél Calixto. Y así fue como me convertí en el burlador burlado. ¡Si me viera ahora Acevedo! Me dolió la burla, me dolió el engaño, me dolió el abandono, claro que sí, pero bueno, con el tiempo llegué a asumir que coadyuvé a una buena obra. Ellos embarcaron para La Habana, y yo volví a Beloncio con mis caballos y mi maleta. Y amén. ¡Cómo pesa a veces el alma!

Con ese suceso, Nino se despidió de su renacida primavera y volvió a su auténtico lugar. Empezó a comportarse como un viejo y recalcitrante solterón, aunque era viudo. Y reanudó las visitas a los chigres, especialmente a la taberna de Atanasio. Lo hacía con harta frecuencia, cosa que empezó a alarmarme. Yo se lo comenté, pero él nada me dijo. Y no solo eso, sino que volvía para casa bastante cargado de sidra. Y un día pasó lo que tenía que pasar, porque se veía venir. ¡Una desgracia!

Un día, casi amaneciendo, su tía Cirila sintió en la carretera ruido apagado de cascos de caballo que se iban acercando; el sonido cesó, pero acto seguido se escuchó un ruido de un golpe seco como si algo pesado hubiese caído al suelo desde un sitio alto, y un fuerte quejido lastimero. Y después silencio. La anciana se levantó de la cama, bajó al portal, abrió la puerta, y allí tirado en el suelo inmóvil apareció Saturnino, mientras Risco parecía querer olerle o tirar de él, o no se sabe qué.

El susto de Cirila fue mortal, pero acertó a pedir ayuda a sus vecinos, que subieron a Saturnino a su alcoba y lo tumbaron en la cama. En una primera inspección, pensaron que de la caída se había muerto. A Cirila casi le da un pasmo, de tal suerte que hubo que reanimarla un poco, hacerle tila y esos otros cuidados al uso en un caso como este.

Vino el médico y, en efecto, confirmó la primera impresión: Nino, al caer del caballo, con el golpe había fallecido. Eso fue lo que certificó.

Así que me pude enterar, subí presuroso a Beloncio a ver a mi amigo y ayudar a la pobre Cirila en todo lo referente al entierro, funeral y esos pormenores del caso. La mujer, más alta y enjuta y con el pelo más gris, ofrecía un semblante triste, de quejumbre y de lloros. Al verme balbució un gemido, un lamento que era el rumor sordo y ahogado que escapa de lo íntimo de un alma sobrecogida por el dolor. Yo ya conocía bien ese murmullo, porque otras veces había anidado en mi pecho.

Pude hablar con el médico; sus palabras giraron sin parar en mi cabeza.

Y vi su cuerpo en una postura funeral, el pelo revuelto, las exangües manos cruzadas, los pies juntos. Sentí una agudísima inquietud, una excitación casi febril, que llevó un frío sudor a los poros de mi frente; noté como si todo fuera palideciendo minuto a minuto, segundo a segundo. Un rumor sordo, ahogado y continuo llegó a mis oídos, semejante al producido por el tic-tac de un reloj. Era el latido de mi corazón. Y ese palpito era cada vez más fuerte, más apresurado y más sonoro, hasta hacerse casi insoportable. Creí que el corazón me iba a estallar. Y por fin cesó todo. Saturnino estaba muerto. Presentaba todas las apariencias típicas de la muerte: el rostro contraído y afilado; los labios con palidez marmórea; los ojos sin brillo; le faltaba el calor; no tenía pulso. Mi amigo estaba muerto. Muerto.

Recé al cielo en bisbiseos por el eterno reposo de Saturnino. ¡Estaba de Dios!

En el velatorio fúnebre, el café y las copas, y el ansia de vivir que reaviva en presencia de la muerte, habían llevado a los amigos y asistentes a lo que por estos pagos es ordinario en estos casos: a mucha cháchara de palabrería banal y a veces jocunda, para “entretener a los deudos y despedir al muerto”.

Las campanas de la iglesia doblaban a muerto; el funeral sería a mediodía y el entierro después.

Era un día caluroso. No se movía ni una hoja ni siquiera se notaba un sople de brisa. Nada. Todo se desarrollaba por sus pasos, como es debido en un funeral. Las gentes del pueblo se arremolinaban en derredor de la casa. Y todos nos dispusimos a dar los pésames a los familiares y acudir al funeral y al entierro.

Las candelabros estaban colocados a ambos lados del ataúd desprendiendo sus llamas una luz temblona; el muerto estaba allí inmóvil, tendido boca arriba, vestido con sus mejores ropas. Tenía las manos cruzadas, los pies juntos y un crucifijo sobre el pecho. No había nada de extraordinario en él; sin embargo, un sentimiento de compasión me hizo mirarle respetuosamente. La singularidad de su expresión, que reinaba en su semblante evidenciaba una serena quietud. Su continente y expresión eso decían.

¡Le íbamos a depositar en la tumba! No me lo puedo creer. ¡ Si no hubiera muerto!  
¡Pobre Saturnino!

La gente se fue apartando para dejar paso al señor cura, y a los monaguillos, los que traían la cruz y los ciriales y el que traía el calderillo del agua bendita y el hisopo. Era llegado el tiempo de los misereres y de los réquiems.

El sacerdote abrió el libro de rezos e inició las oraciones:

*--De profundis clamavi ad te, Domine...Requiem aeternam dona eis, Domine.*

*--Et lux perpetua luceat eis.* Contestó el monaguillo

*--Requiescant in pace.*

*--Amén.* Contestó el monaguillo

Y con el hisopo iba aspergiendo agua bendita sobre el difunto.

¡Y entonces fue ello!

A medida que iban cayendo sobre la cara y el cuerpo del muerto las gotitas de agua bendita, como si hubiese sobrevolado sobre el féretro una presencia milagrosa, pudimos



ver cómo la alta figura de Saturnino abría lentamente los ojos, colocaba sus manos sobre los bordes del féretro, se empezaba a incorporar, y con voz alta y firme gritaba:

¡Tanasio, rifeñu, pon otra de sidra!

**Abelardo Alvarez**